

Carlos Mérida

El pintor que vino del sur

Guadalupe Alonso

Al igual que Luis Cardoza y Aragón o Augusto Tito Monterroso, entre otros guatemaltecos ilustres, Carlos Mérida eligió a México como su residencia. Y como ellos, hizo grandes aportaciones a la cultura de este país. Pisó tierra mexicana por primera vez en 1919 junto con su novia, Dalila Gálvez, una joven de la alta burguesía cuyos padres no veían con buenos ojos que se casara con un pintor. El desaire no detuvo a Mérida. Raptó a Dalila y tras un accidentado viaje en el que se vieron obligados a tomar varios trenes —era la época de la Revolución—, cruzaron la frontera a pie. A sus 28 años, el joven artista ya tenía un nombre y el sustento de una obra considerable. El rumbo estaba trazado, venía el tiempo de abonar el terreno, de conducirse por la ruta del destino que anhelaba.

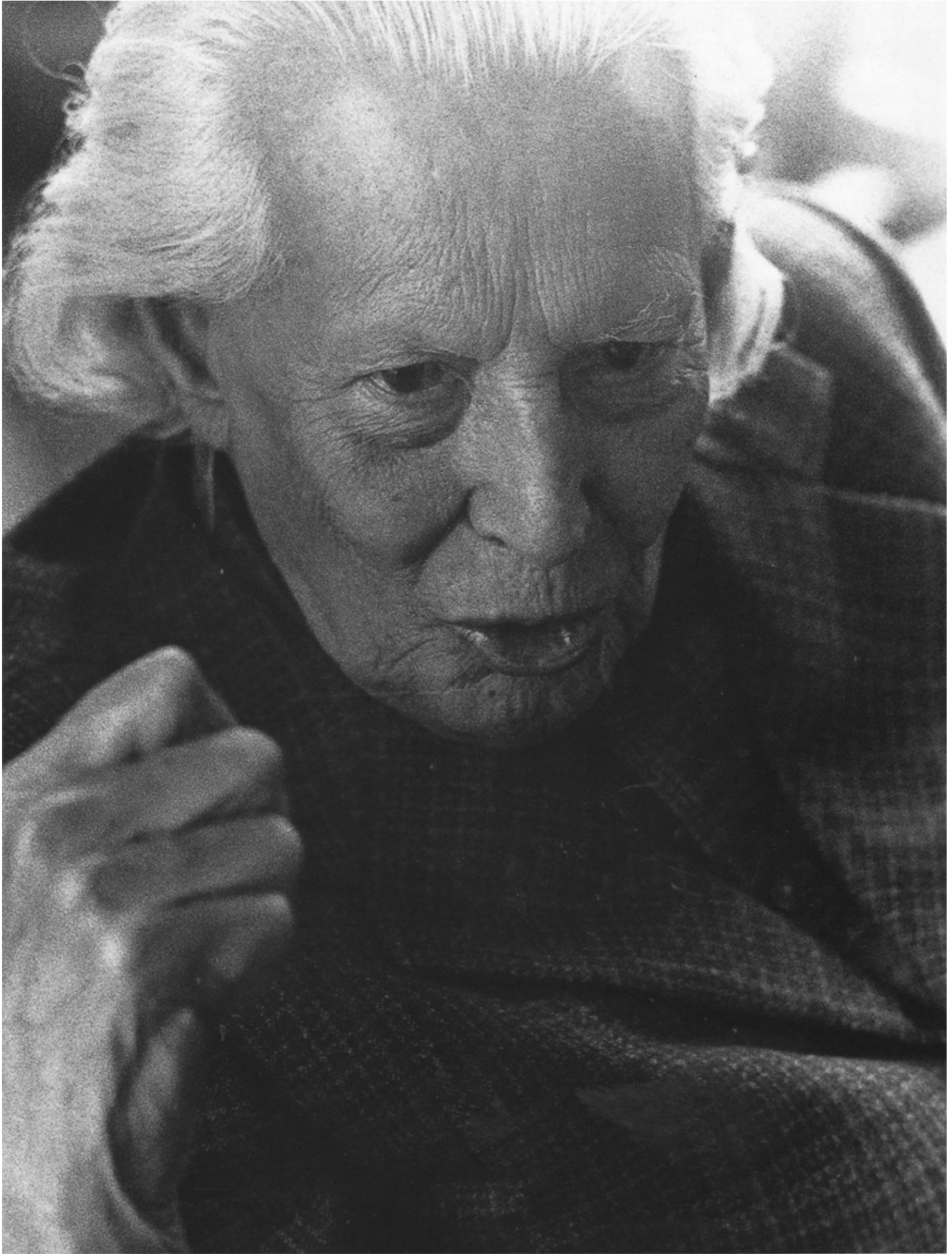
Originario de Quetzaltenango, realizó sus primeros estudios en Guatemala, pero unos años después regresó a la provincia para cursar la secundaria y el bachillerato. Desde niño había recibido instrucción en pintura y música. Quiso dedicarse al piano, su verdadera pasión; sin embargo, a causa de una esclerosis auditiva perdió el oído. Optó, entonces, por la pintura. A los 18 años, salió de Guatemala para ir a París, impulsado por Jaime Sabartés, un intelectual catalán que lo recomendó con Pablo Picasso. Ahí entró en contacto con las vanguardias de la época. Entró en contacto con Amedeo Modigliani, Kees van Dongen y Hermenegildo Anglada Camarasa, artistas que marcarían la primera etapa de su pintura. En este ambiente conoció también a su compatriota Cardoza y Aragón, quien lo acercó al grupo de los surrealistas, entre estos, a Joan Miró, pintor que lo entusiasmó y con quien entabló amistad.

En 1914 estaba de vuelta en su nativa Guatemala. “El folclore de mi país me sedujo”, escribió Mérida,

“me aprisionó en sus mallas y me consagré, con la intención más honrada del mundo, a pintar lo más directo, lo más atrayente que veía”. Sin embargo, después de la experiencia parisina, buscaba el diálogo y la posibilidad de integrarse a grupos de artistas que le abrieran nuevos horizontes. Si este crecimiento no era viable en Guatemala, lo indicado sería ir a México, un lugar cosmopolita en donde artistas e intelectuales se congregaban alrededor de un movimiento estético: el muralismo. En México fue bien recibido, como muchos otros artistas extranjeros que llegaron en ese periodo: el cineasta Serguéi Eisenstein o Tina Modotti y Edward Weston, fotógrafos. De inmediato Mérida se relacionó con los muralistas, en especial con Diego Rivera, a quien asistió en su primer mural: *La Creación*, para el Anfiteatro Simón Bolívar en el Antiguo Colegio de San Ildefonso. Pero no obstante la buena acogida que tuvo, Mérida se sentía extranjero. Acaso por ello evitó involucrarse políticamente. Su búsqueda se encaminaba hacia un arte alejado de ideologías, de “demagogias” y de “caligrafías políticas”. El arte debía estar libre, tener “unidad y gran sentido humano”. Se trataba de crear un arte “para el goce emocional de las mayorías”.

“Habría que escapar a tiempo”, pensaba el guatemalteco. ¿Por qué camino? Fue a París por segunda vez. Esa estancia fue fundamental para la evolución de su obra. El trabajo de Paul Klee, Kandinsky y Mondrian sería un modelo para el ideal que Mérida buscaba en la pintura: “El afán de llegar al hecho lírico, el soplo poético en que formas y elementos carecen ya de sentido literal. Todo ello ha afirmado mi tendencia hacia la forma abstracta”, apuntaba el artista.

Dos años después, en 1929, llegó de nuevo a México. Esta vez para quedarse. Conoció a Rufino Tamayo,



Carlos Mérida

un artista cuya influencia fue importante y con quien cultivó una relación estrecha, tanto profesional como en lo personal. Sin renunciar definitivamente a sus raíces maya y quiché, presentes a lo largo de su obra, Mérida desarrolló un estilo propio en el que experimentaba con la abstracción, la forma y el color. Fiel a su raza, se nutrió de las culturas prehispánicas y trasladó sus estelas y códices a un nuevo lenguaje, pero esta vez sin tintes de folclor, es decir, retomó el arte de sus antepasados y lo incorporó a la abstracción. Luis Cardoza se refirió así al trabajo de su paisano: “Acento nativo insertado en modernidad, con factura de orfebre. Maneja con imaginación su repertorio de signos, con buen gusto. Lo del buen gusto es memorable; reconozco en ese don la mejor obra suya”.

La geometría, inspirada en el textil maya, se convirtió en un elemento fundamental tanto en la pintura como en la escultura. Las matemáticas, así como la música y la danza, fueron referentes en su quehacer. No olvidemos que su hija, Ana, fue una bailarina destacada que dirigió y fundó, junto con Guillermina Bravo, la Academia de la Danza Mexicana. Antes, Mérida, ya inmerso en el ambiente cultural de México, había sido director de la Galería del Teatro Nacional y, más adelante, de la Escuela Nacional de Danza.

Hombre de vasta cultura, además de su vínculo con la danza y la música, abrevó también de la literatura. Poetas como Miguel Ángel Asturias y José Juan Tablada, a quien conoció en un viaje a Nueva York, fueron algunas de las figuras que lo marcaron. Mérida ejerció, además, la escritura. Desde su primera estancia en México publicó artículos y crítica de arte en *El Universal Ilustrado*. En cuanto a su trabajo editorial, vale la pena mencionar que se ocupó, entre otras cosas, del diseño de portada de la colección Nuestros Clásicos, editada por la UNAM, dirigida por Pablo González Casanova y con Tomás Segovia y Augusto Monterroso como secretarios. Este último estuvo al cuidado de la edición.

Durante su segunda estancia en París, Mérida creó *Imágenes de Guatemala*, diez espléndidas acuarelas en las que vertió la memoria de un paisaje añorado. En los años cuarenta retomó su producción de series, ya fuera en serigrafía o grabado. Son notables sus *Danzas de México*, *Estampas del Popol Vuh*, *Trajes regionales mexicanos* y *Divagaciones plásticas alrededor de un tema azteca*. En esa época ya colaboraba con la Galería de Arte Mexicano. Ahí permaneció, al lado de Inés Amor, hasta los años sesenta, cuando fue invitado a integrarse a la Galería Arvil. Armando Colina y Víctor Acuña se dieron a la tarea de ordenar el archivo del artista y le propusieron dos álbumes de obra gráfica: el *Chilam Balam*—aunque él prefirió hacer una nueva versión del *Popol Vuh* que titularía *Canto al libro sagrado*—y *Los cielos luminícos*, una evocación de su paso por Texas.

Ya entrada la década de los cincuenta, el deseo de experimentación llevó a Mérida a probar diversos materiales: pergaminos pulidos, papel amate, lacas, vidrio, azulejo o petroplástico. En estos soportes plasmó buena parte de su obra. Comenzó, así, una nueva etapa, acaso la más sobresaliente de su trayectoria. A Mérida le interesaba la integración de las artes, el diálogo entre la plástica y la arquitectura. Se dio a la tarea de crear murales preconcebidos para proyectos arquitectónicos. El más espectacular de estos lo llevó a cabo con Mario Pani: cuatro mil metros de murales en el Multifamiliar Juárez en la Ciudad de México. “La propuesta de Mérida no era pintar sólo unos murales o hacer los dibujos y que estos se realizaran en mosaico y se aplicaran”, apunta Louise Noelle, investigadora de la UNAM, “sino hacerlos en relieves de concreto”. Así lo explicó Mérida:

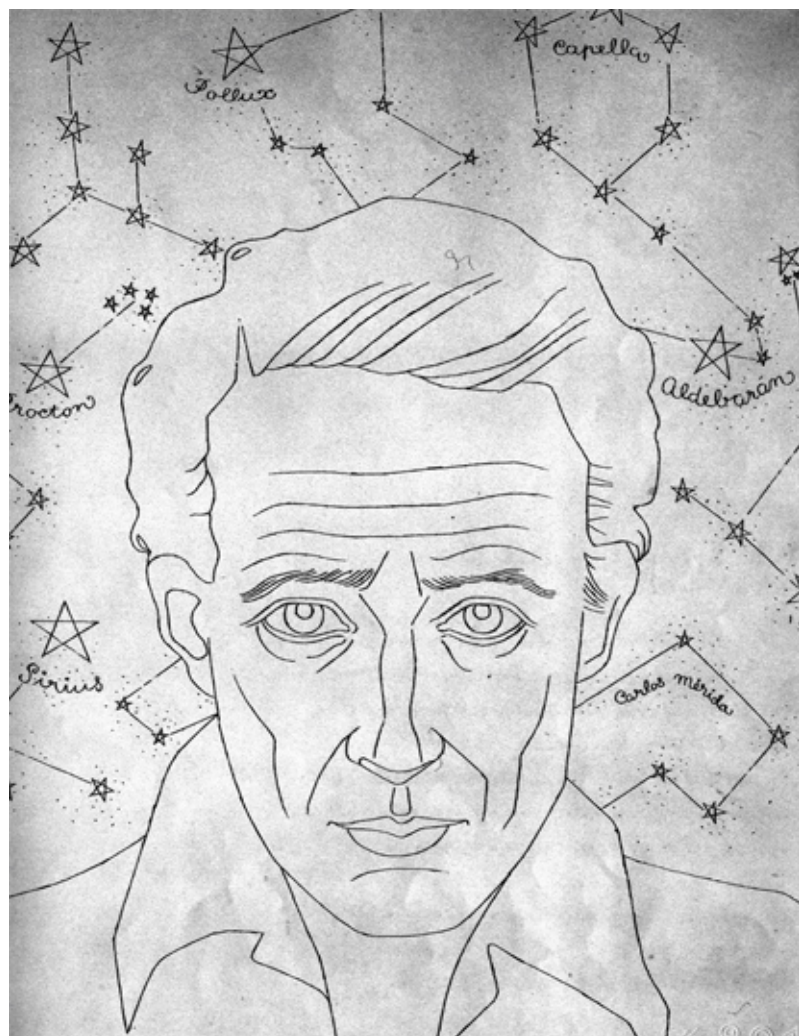
Se trabaja en colaboración con los arquitectos desde que nace el edificio; se hacen planes, se estudian técnicamente los problemas que habrá que resolver; se actúa en una colaboración estrecha y técnica entre pintores, escultores y arquitectos. Los resultados no se hacen esperar: la labor plástica queda introducida en el cuerpo arquitectónico como parte de él, no como mera orientación. Si se le retira, se desintegra el edificio como concepción.

Decoró así las cajas de los elevadores, los muros volados de los clósets y el cuerpo de las escaleras del multifamiliar. Este trabajo, para el que utilizó motivos tomados de las narraciones del *Popol Vuh*, avanzó al mismo tiempo que la obra, es decir, como parte de la construcción misma. Era justamente el concepto de integración plástica que buscaba Mérida, pues coincidía con su visión del arte público, al que le otorgaba un valor más allá del “arte por el arte”.¹

En esta época, su producción artística se acercaba más al constructivismo. Realizó otros trabajos con arquitectos y continuó con mayor ímpetu su creación de murales en los que experimentó con vidrio, mosaico veneciano y azulejo. Es el caso del mural para la Sala Huichol del Museo Nacional de Antropología; asimismo el que trabajó en talavera de Puebla, un encargo de la compañía Bujías Champion, donado después a la UNAM y que actualmente está colocado en el acceso al Centro Cultural Universitario.

Por desgracia, buena parte de la obra que llevó a cabo en edificios públicos se perdió en el sismo que destruyó parte de la Ciudad de México en 1985. Especialistas en Mérida coinciden en que las autoridades no se preocuparon por rescatar su obra, perdida casi en su

¹ Eduardo Espinosa Campos, “Carlos Mérida. Aportaciones a la integración plástica”, *Revista Digital*, abril-junio de 2005: <http://discursovisual.net/dvweb04/agora/agoespinosa.htm>.



totalidad cuando esos edificios fueron dinamitados. “No fue un artista protegido por las leyes de patrimonio mexicano”, apunta Louise Noelle, “debido a su nacionalidad guatemalteca”. En efecto, él nunca quiso hacerse mexicano: “Mi país”, decía, “es pequeño y habemos pocos que podemos enaltecerlo. Si puedo conservar mi nacionalidad, pues lo hago”. Sin embargo, al rastrear sus orígenes, surge una pista que lo conecta con México. La anécdota es narrada por el artista Francisco Toledo, admirador y coleccionista de Mérida. Toledo cuenta que el escritor juchiteco Macario Matus descubrió que había algo de oaxaqueño en el guatemalteco y abordó el tema durante una entrevista en la que el mismo Mérida aseguró ser bisnieto de un cura de Oaxaca que andaba regando bendiciones e hijos hasta llegar a Guatemala. “Se dice, además”, acota Toledo, “que su apellido no es Mérida, sino un seudónimo”.

“Era un viejo muy bello, siempre fue un hombre guapo”, continúa Toledo. “En las memorias que escribe la norteamericana Katharine Kuh, difusora cultural, ella habla de Mérida con gran admiración; creo que tuvo sus amores con él”. Se trata del libro *Mi historia de amor con el arte moderno. Secretos de una vida entre artistas*, en el cual Avis Bernam, historiadora del

arte, comenta: “En 1938 [Kuh] inició un apasionado romance con el pintor Carlos Mérida, cuyos cuadros exponía en su galería. [...] Mérida, que la llamaba ‘Kata’, le dedicó un buen número de cuadros, dibujos y acuarelas...”²

Hombre afable, bien parecido y talentoso, tenía fama de mujeriego y seductor. Al margen de estos rumores, verdaderos o falsos, Mérida le guardó lealtad de por vida a Dalila, la joven que había raptado 65 años atrás. Así, con la envidia que lo caracterizaba, mantuvo también viva esa pasión por el trabajo que lo impulsó, con el mismo ímpetu, desde la juventud hasta el final de sus días. La enfermedad que lo llevó a la muerte, el 19 de diciembre de 1984, a los 93 años, le impidió continuar con su último mural, obra con mosaicos de cerámica sobre estructura metálica para el Edificio Omega.

Aquel niño cuya primera ilusión, la de ser músico, se desvaneció a causa de una afección en el oído, amaba al jazzista Duke Ellington y pegaba el oído a la radio para sentir las vibraciones y el ritmo de una pieza. Alguna vez un especialista le propuso una cirugía para corregir su problema, pero Mérida “decidió no someterse a la operación: la sordera protegía su intimidad y le permitía vivir en un mundo onírico e idealizado. Veía su anomalía como algo positivo, que aceptaba de buen grado”.³

A la vuelta del tiempo, la obra del maya que no reconocía fronteras en la tierra de sus antepasados no ha recibido, a decir de los expertos, el lugar que mereciera, lo mismo en México, el país que lo adoptó, que en su natal Guatemala. La vigencia de su arte, sin embargo, está fuera de cualquier cuestionamiento. Fue y sigue siendo un contemporáneo, un artista de vanguardia, moderno e innovador, que rompió con los convencionalismos de la pintura. Su trabajo fue fundamental para el descubrimiento del ser americano, a través de una propuesta plástica cimentada en sus tradiciones y raíces, a las que no abdica, sino que puso una sana distancia para redimensionarlas en un arte que transitó de la figuración al surrealismo, a la pintura abstracta y la geometría.

“Para algunos críticos”, decía Mérida, “mi pintura no tiene valor alguno; la consideran infantil, absurda, intelectual, vacía. Para otros, está a la altura de los mejores del mundo. Lo que me interesa es el juego y el goce que el trabajo me ofrece. Una vez realizado, lo olvido por completo”.

² Katharine Kuh, *Mi historia de amor con el arte moderno. Secretos de una vida entre artistas*, editado y completado por Avis Berman, FCE, México, 2010.

³ *Idem*.